

LAS CRISÁLIDAS

JOHN WYNDHAM



BENDITA SEA LA NORMA. EN LA PUREZA ESTÁ NUESTRA SALVACIÓN. ¡CUIDADO CON LOS MUTANTES! Después de la Tribulación, una catástrofe apocalíptica que da lugar a mutaciones genéticas, las desviaciones de la norma son consideradas Blasfemias. Los animales y plantas que no tengan un aspecto normal son eliminados, y los humanos son expulsados a los Márgenes. Nadie sospecha en su aldea que David y Rosalind también son mutantes, pero a medida que se hacen mayores cada vez les resulta más difícil ocultar su propia aberración y se ven obligados a huir a las Malas Tierras para no ser descubiertos.

Nueva traducción de 2019

1

Cuando era muy pequeño, a veces soñaba con una ciudad, y eso era raro porque todo empezó incluso antes de saber lo que era una ciudad. Pero aquella ciudad, amontonada en el arco de una bahía grande y azul, se me metía en la cabeza. Veía las calles y los edificios que las bordeaban, el paseo marítimo y hasta los barcos en el puerto, aunque, despierto, nunca había visto el mar, ni un barco...

Los edificios no se parecían a nada que yo conociera. El tráfico en las calles era extraño: los carros circulaban sin caballos de tiro, y a veces había cosas en el cielo, cosas brillantes y en forma de peces que, desde luego, no eran pájaros.

Casi siempre veía este lugar maravilloso de día, pero a veces era de noche, cuando las luces se desplegaban como una hilera de luciérnagas en la costa y algunas parecían chispas que iban a la deriva por el agua, o por el aire.

Era un sitio precioso, fascinante, y, una vez, cuando aún era pequeño y no tenía conocimientos, le pregunté a Mary, mi hermana mayor, dónde podía estar esa ciudad tan bonita.

Negó con la cabeza y dijo que no existía: en ese momento no. Me dio a entender que quizá estuviera soñando con tiempos pasados. Los sueños eran cosas muy curiosas, sin explicación; por eso, era posible que lo que veía fuera un fragmento del mundo que existió en otra época: del mundo maravilloso en el que habían vivido los Antiguos, antes de que Dios enviara la Tribulación.

Y luego me advirtió, muy seria, que no se lo contara a nadie; los demás, que ella supiera, no tenían esas imágenes en la cabeza, ni dormidos ni despiertos, y no sería prudente contárselo.

Fue un buen consejo y, por suerte, tuve el buen juicio de seguirlo. La gente de nuestro distrito era muy crítica con lo raro o lo insólito, y hasta mi zurdera despertaba cierto recelo. El caso es que ni entonces ni en los años siguientes hablé de esto con nadie: de hecho, casi lo olvidé, porque a medida que iba creciendo los sueños se volvieron cada vez menos frecuentes y acabaron siendo excepcionales.

Pero el consejo siguió ahí. De lo contrario podría haberle hablado de estos curiosos conocimientos a mi prima Rosalind, y seguramente nos habríamos visto envueltos en problemas muy graves si alguien me hubiera creído. Ni ella ni yo, creo, prestábamos demasiada atención a esas cosas entonces: simplemente, teníamos la costumbre de ser cautos. Yo no me sentía especial en nada. Era un niño normal que crecía con normalidad y daba por sentado el mundo que me rodeaba. Y así seguí hasta el día en que conocí a Sophie. Ni siquiera entonces el cambio fue inmediato. Es la perspectiva lo que ahora me permite establecer «el día» en que mis primeras dudas, leves, empezaron a germinar.

Ese día salí solo, como tantas veces. Tenía, supongo, alrededor de diez años. Mi hermana Sarah era cinco años mayor que yo, y esa diferencia significaba que pasaba mucho tiempo jugando a mi aire. Había echado a andar por la pista de los carros, hacia el sur, bordeando los campos, hasta que llegué al montículo alto y seguí un buen rato adelante por la cima.

El montículo no era un enigma para mí en aquella época: era demasiado grande para hacerme pensar que pudiera ser obra del ser humano, y tampoco se me había ocurrido nunca relacionarlo con las proezas de los Antiguos de las que oía hablar de vez en cuando. Era sencillamente el montículo que trazaba una curva amplia y seguía en línea

recta, como una flecha, hacia las colinas lejanas; una simple parte del mundo, no más digna de asombro que el río, el cielo o las propias colinas.

Había recorrido la cima muchas veces, pero casi nunca había explorado la parte más alejada. Por alguna razón, me parecía tierra extranjera, no tanto hostil como fuera de mi territorio. Sin embargo, había descubierto una zona donde la lluvia, al correr por la ladera contraria del montículo, había formado un barranco arenoso. Si me sentaba en el borde y me daba un buen impulso, podía deslizarme a bastante velocidad y volar unos metros por el aire al final de la rampa antes de aterrizar en un montón de arena blanda.

Creo que había estado allí una media docena de veces antes y nunca me había encontrado con nadie, pero en esta ocasión, cuando me estaba levantando después del tercer descenso, preparándome para el cuarto, una voz dijo: «¡Hola!».

Eché un vistazo alrededor. Al principio no supe de dónde venía el saludo; luego, un temblor en la copa de las ramas de unos arbustos llamó mi atención. Las ramas se separaron, y una cara me observó. Era una niña, con la cara morena y enmarcada por rizos oscuros. Tenía un gesto ligeramente serio, aunque los ojos chispeaban. Nos miramos un momento, hasta que dije:

—Hola.

Parecía indecisa. Luego apartó un poco más las ramas. Era algo más baja que yo y puede que más pequeña. Llevaba un peto marrón rojizo y una camisa amarilla. La cruz cosida en la parte alta del peto era de una tela marrón más oscura. Iba peinada con dos coletas atadas con lazos amarillos. Se quedó quieta unos segundos, como si no se decidiera a abandonar su escondite entre los arbustos, pero la curiosidad ganó a la cautela, y dio un paso al frente.

La observé con curiosidad, porque era completamente desconocida para mí. De vez en cuando había reuniones o fiestas a las que se sumaban todos los niños que vivían en

un radio de muchos kilómetros, y me chocó encontrarme con una niña a la que no había visto nunca.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Sophie —dijo—. ¿Y tú?

—David. ¿Dónde vives?

—Por allí —señaló vagamente con la mano hacia la tierra extranjera, al otro lado del montículo.

Sus ojos se apartaron de los míos para fijarse en el surco de arena por el que yo acababa de deslizarme.

—¿Es divertido? —preguntó, con una mirada nostálgica.

Dudé un momento antes de invitarla.

—Sí —asentí—. Ven a probarlo.

Volvió a mirarme, sin moverse. Me estudió unos segundos, con una expresión seria, y por fin se decidió de golpe. Trepó hasta la cima del montículo por delante de mí.

Se lanzó por el surco con los rizos y los lazos volando en el aire. Cuando aterricé, Sophie había perdido su seriedad y le bailaban los ojos de entusiasmo.

—Otra vez —dijo, y subió la ladera jadeando.

Fue en el tercer descenso cuando ocurrió el percance. Se sentó y se impulsó igual que antes. La vi bajar silbando por el aire y aterrizar entre una lluvia de arena. Por alguna razón, había caído a unos palmos del punto habitual, a la izquierda. Me preparé para seguirla y esperé a que se apartara. No se apartaba.

—Vamos —le dije, con impaciencia.

Intentó moverse.

—No puedo. Me duele —dijo.

Me arriesgué a lanzarme de todos modos y aterricé a su lado.

—¿Qué pasa?

Tenía la cara contraída y los ojos llenos de lágrimas.

—Se me ha enanchado el pie.

Tenía el pie izquierdo enterrado. Retiré la arena blanda con las manos. El zapato estaba encajado en un hueco es-

trecho, entre dos piedras terminadas en punta. Traté de sacarlo, pero no cedía.

—¿Puedes torcerlo? —sugerí.

Lo intentó, apretando los labios con valentía.

—No sale —dijo.

—Te ayudaré a tirar.

—¡No, no! Me duele —protestó.

Yo no sabía qué hacer. Era evidente que el pie estaba atrapado y que le dolía. Analicé la situación.

—Deberíamos cortar los cordones, para que puedas sacar el pie del zapato. No consigo desatar el lazo.

—¡No! —exclamó, asustada—. No, no puedo.

Lo dijo con tanto énfasis que me sorprendió. Si sacaba el pie, podríamos liberar el zapato con ayuda de una piedra, pero si no quería hacer eso, no se me ocurría otra solución. Sophie estaba tumbada en la arena, con la rodilla de la pierna atrapada en alto.

—Ay, me duele mucho —repitió. Y no pudo seguir aguantando las ganas de llorar. Se le llenó la cara de lágrimas. Aun así, no gritó: gemía como un cachorrillo.

—Tienes que quitarte el zapato —insistí.

—No —protestó de nuevo—. No puedo. Nunca. No puedo.

Me senté a su lado, sin saber qué hacer. Me agarró la mano y la apretó con fuerza mientras lloraba. Era evidente que el dolor iba en aumento. Casi por primera vez en la vida, me vi a cargo de una situación que exigía tomar una decisión. Y la tomé.

—Es imposible. *Tienes* que quitártelo. Si no me haces caso, probablemente te quedarás aquí atrapada y morirás, supongo.

No se rindió a la primera, pero al final aceptó. Me miró con recelo mientras cortaba los cordones. Y entonces dijo:

—¡Vete! No puedes mirar.

Dudé unos momentos, pero la infancia es una época plagada de normas incomprensibles, aunque importantes,

así que me alejé un par de metros y me di la vuelta. Oí que resoplaba. Luego volvió a echarse a llorar.

—No sale —dijo, mirándome con miedo entre las lágrimas, así que me arrodillé para ver si podía hacer algo—. No puedes decírselo a nadie —añadió—. ¡Nunca, nunca! ¿Lo prometes?

Lo prometí.

Sophie era muy valiente. Solamente hacía ruiditos como un cachorro.

Cuando conseguí liberar el pie, me pareció muy raro: lo que quiero decir es que estaba hinchado y retorcido; ni siquiera me fijé en que tenía más dedos de lo normal...

Luego desencajé el zapato del agujero y se lo di. Pero no podía ponérselo en el pie hinchado. Tampoco podía apoyar el pie en el suelo. Pensé que podría llevarla a cuestras, pero pesaba más de lo que me imaginaba, y estaba claro que así no llegaríamos muy lejos.

—Iré a buscar ayuda —dije.

—No. Iré gateando —contestó.

Eché a andar a su lado, con el zapato en la mano y sintiéndome inútil. Consiguí recorrer animosamente un buen trecho, pero al final se dio por vencida. Se le habían roto los pantalones y tenía las rodillas arañadas y sangrando. Nunca había conocido a nadie, niño o niña, que hubiera resistido hasta ese punto; me asustó un poco. La ayudé a apoyarse en el pie bueno y la sostuve mientras me señalaba su casa y el hilillo de humo que la distinguía. Cuando volví a mirarla, Sophie se había puesto de nuevo a cuatro patas y se escabulló entre los arbustos.

Encontré la casa con mucha dificultad y llamé a la puerta, algo nervioso. Una mujer alta salió a abrir. Era guapa. Tenía una cara bonita y unos ojos grandes y brillantes. Llevaba un vestido rojizo, un poco más corto que las mujeres de mi casa, aunque con la cruz convencional, del cuello a la cintura y de lado a lado del pecho, de un color verde a juego con el pañuelo que le cubría la cabeza.

—¿Es usted la madre de Sophie? —pregunté.

Me examinó y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusca preocupación.

Se lo conté.

—¡Ay! ¡Su pie!

Volvió a examinarme unos momentos y luego dejó apoyada en la pared la escoba que tenía en la mano.

—¿Dónde está? —preguntó de pronto.

La acompañé por el camino por el que había ido hasta su casa. Al oír la voz de su madre, Sophie salió de los arbustos gateando.

Su madre le miró el pie hinchado y deforme, y las rodillas llenas de sangre.

—¡Pobrecita mía! —exclamó, abrazándola y besándola. Y añadió—: ¿Lo ha visto?

—Sí —contestó Sophie—. Lo siento, mamá. Lo he intentado, pero no podía sacar el pie, y me dolía mucho.

Su madre asintió con la cabeza despacio. Después suspiró.

—Bueno, ya no tiene remedio. Levántate.

Sophie se subió a la espalda de su madre, y volvimos a la casa todos juntos.

Los mandamientos y los preceptos que uno aprende de pequeño se los sabe de memoria, aunque tienen muy poco sentido hasta que se ve un ejemplo, e incluso entonces hay que saber reconocerlo.

Por eso fui capaz de esperar pacientemente, mientras lavaban el pie herido, le aplicaban un emplastro frío y lo vendaban, sin detectar ninguna relación entre el pie y la afirmación que había oído casi todos los domingos de mi vida.

«Y Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza. Y Dios decretó que el hombre tuviera un cuerpo, una cabeza, dos brazos y dos piernas; que cada brazo se articulara en

dos puntos y terminara en una mano; que cada mano tuviera cuatro dedos y un pulgar; que cada dedo tuviera una uña plana...».

A continuación:

«Dios creó entonces también a la mujer, con la misma imagen, pero con las siguientes diferencias, de acuerdo con su naturaleza: su voz sería de un timbre más agudo que la del hombre; no le crecería la barba; tendría dos pechos...».

Y así sucesivamente.

Me lo sabía todo, palabra por palabra, y, sin embargo, ver los seis dedos de Sophie no despertó nada en mi memoria. Vi el pie apoyado en las rodillas de su madre. Vi que su madre se detenía a observarlo un momento tranquilamente, lo cogía, se inclinaba para besarlo con dulzura y levantaba los ojos llenos de lágrimas. Sentí lástima de su angustia, y de Sophie, porque el pie le dolía, pero nada más.

Cuando terminaron de ponerle las vendas, eché un vistazo a la habitación con curiosidad. La casa era mucho más pequeña que la mía, una casita de campo, en realidad, pero a mí me gustaba más. Era acogedora. Y, a pesar de que la madre de Sophie parecía angustiada y preocupada, no pensé que yo fuera el único motivo de lamento y desconfianza en una vida ordenada, como la que lleva la mayoría de la gente en su casa. Y la salita me gustó aún más porque allí no había frases colgadas en la pared para que la gente las señalara cuando quería regañarte. En vez de eso, había varios dibujos de caballos que me parecieron muy bonitos.

Entonces, Sophie, que ya estaba limpia y sin restos de lágrimas, se sentó en una silla arrimada a la mesa. Recuperada, aparte del pie, me preguntó con solemne hospitalidad si me gustaban los huevos.

La señora Wender me pidió que esperase mientras llevaba a Sophie al piso de arriba. Volvió al cabo de un rato y se sentó a mi lado. Me dio la mano y me miró unos momentos con un gesto muy serio. Noté su angustia con mu-

cha intensidad, aunque al principio no entendía por qué estaba tan preocupada. Me sorprendió, pues hasta ese momento ella no había dado ninguna señal de que pudiera pensar de esa manera. Intenté transmitirle un pensamiento, para tranquilizarla y demostrarle que no tenía ningún motivo para preocuparse por mí, pero el mensaje no le llegó. Siguió mirándome con los ojos brillantes y una expresión muy parecida a la de Sophie cuando se aguantaba las ganas de llorar. Los pensamientos de la señora Wender eran pura preocupación amorfa. Intenté repetirle el mensaje, pero no conseguía meterme en su cabeza. Luego asintió despacio y dijo:

—Eres un buen chico, David. Te has portado muy bien con Sophie. Quiero darte las gracias.

Me sentí incómodo y me miré los zapatos. No recordaba que nadie me hubiera dicho nunca que era un buen chico. No sabía cómo responder en un caso así.

—Te cae bien Sophie, ¿verdad? —añadió, sin dejar de mirarme.

—Sí. Y también me parece muy valiente. Debía de dolerle muchísimo.

—¿Podrás guardar un secreto... un secreto importante... por el bien de Sophie?

—Sí, claro —dije, aunque con cierta duda, porque no sabía cuál era el secreto.

—¿Le... le has visto el pie? —preguntó mirándome a los ojos—. ¿Los dedos?

Asentí.

—Sí.

—Bueno, ese es el secreto, David. Nadie puede saberlo. Eres la única persona que lo sabe, aparte de su padre y de mí. Nadie más puede saberlo. Nadie... Nunca.

—No —repetí, muy serio.

Hubo una pausa: al menos su voz se había detenido, aunque sus pensamientos seguían activos, como si «nadie» y «nunca» lanzaran un eco triste y desolado. Luego, eso

cambió, y vi que la señora Wender se ponía tensa, enfadada y asustada por dentro. Era inútil transmitirle nada, así que traté de subrayar torpemente, con palabras, que mi respuesta era sincera.

—Nunca: a nadie en absoluto —le aseguré.

—Es muy, muy importante —insistió—. No sé cómo explicártelo. —Pero en realidad no hacía falta que me explicara nada. La urgencia, la firmeza con que me lo comunicaba eran clarísimas. Sus palabras tenían mucha menos intensidad.

—Si alguien lo descubriera —dijo—, le harían mucho daño. Tenemos que asegurarnos de que eso no ocurra nunca.

Era como si la angustia se hubiera convertido en un objeto duro, en una barra de hierro.

—¿Porque tiene seis dedos? —pregunté.

—Sí. Eso es lo que nadie debe saber nunca, aparte de nosotros. Tenemos que guardar el secreto —explicó—. ¿Lo prometes, David?

—Lo prometo. Se lo puedo jurar si quiere.

—Me basta con la promesa.

Era una promesa muy seria, y estaba firmemente decidido a cumplirla: ni siquiera se lo contaría a mi prima Rosalind. Aunque su importancia era evidente, por dentro seguía desconcertado. No entendía que un pie tan pequeño pudiera causar tanta preocupación. Claro que, los adultos armaban muchas veces un jaleo tremendo, desproporcionado con las causas. Así que me quedé con lo principal: con la necesidad de guardar el secreto.

La madre de Sophie siguió mirándome con una expresión triste, aunque como si no me viese, hasta que empecé a sentirme incómodo. Se dio cuenta cuando me moví, y sonrió. Tenía una sonrisa bondadosa.

—Muy bien —dijo—. ¿Lo guardaremos en secreto y nunca volveremos a hablar de esto?

—Sí —repetí.

Cuando ya había salido por la puerta y estaba cruzando el jardín, di media vuelta.

—¿Puedo volver pronto a ver a Sophie? —pregunté.

—Muy bien, pero solo si estás seguro de que nadie lo sepa.

Los monótonos preceptos del domingo no se fundieron con la realidad hasta el momento en que llegué al montículo e iba andando por la cima, camino de casa. Entonces encajaron con un chasquido casi audible. La Definición del Hombre se recitó dentro de mi cabeza sin que yo lo pretendiera: «Y cada pierna tendrá dos articulaciones y un pie, y cada pie cinco dedos, y cada dedo terminará en una uña plana...». Y así, hasta que por fin: «Y toda criatura que parezca humana pero no tenga esta forma no es humana. No es ni hombre ni mujer. Es una blasfemia contra la verdadera imagen de Dios, y es odiosa a los ojos de Dios».

Me alteré mucho, y también estaba muy desconcertado. Una blasfemia era, como me habían repetido tantas veces, una cosa aterrador. Pero no había nada aterrador en Sophie. Era una niña normal y corriente, aunque mucho más sensata y valiente que la mayoría. De todos modos, según la Definición...

Estaba claro que tenía que haber un error en alguna parte. Seguro que un dedito de más —bueno, dos deditos muy pequeños, porque me imaginaba que tendría otro igual en el otro pie—, seguro que eso no podía volverla «odiosa a los ojos de Dios»...

El mundo era un enigma...

2

Llegué a casa por el procedimiento habitual. En un punto en el que el bosque se solapaba con la ladera del montículo y lo cubría, bajé por un camino estrecho y poco transitado. A partir de ahí me puse en guardia y seguí adelante con el cuchillo en la mano. Me tenían dicho que no entrara en el bosque porque, de vez en cuando —aunque era muy raro— animales muy grandes se acercaban a las zonas civilizadas, como Waknuk, y cabía la posibilidad de toparse con un perro o un gato salvajes. Sin embargo, como de costumbre, los únicos animales que oía rondando por allí eran pequeños y se escabullían a mi paso.

Alrededor de un kilómetro y medio más adelante, llegué a los cultivos y vi la casa al fondo de tres o cuatro campos. Continué por la orilla del bosque, atento y a cubierto, y crucé luego los campos, menos el último, a la sombra de los setos. Allí me detuve de nuevo a inspeccionar el terreno. No había nadie a la vista, aparte del viejo Jacob, que estaba echando palas de estiércol al suelo del patio, muy despacio. Cuando vi que volvía la espalda, atravesé rápidamente el trozo de campo abierto, me colé por una ventana y fui a mi dormitorio con sigilo.

Nuestra casa no es fácil de describir. Desde que mi padre, Elias Storm, construyó la primera parte, hace cincuenta años, había ido ganando habitaciones y anexos en distintas épocas. Había crecido desordenadamente, con establos, almacenes, cuadras y graneros por un extremo, y lavaderos, lecherías, queserías y las habitaciones de los jornale-

ros por el otro, hasta que tres de los cuatro lados del recinto rodearon el patio grande de tierra pisoteada que se abría delante de la casa principal, presidido por un montón de estiércol en el centro.

Como todas las casas del distrito, la nuestra se había construido con una sólida estructura de vigas toscas pero, al ser la más antigua de la zona, los huecos de la fachada se rellenaron principalmente con ladrillos y piedras de las ruinas de alguna edificación de los Antiguos y se revocaron con adobe solo por dentro.

Mi abuelo, a juzgar por el aspecto que tenía cuando mi padre me lo presentó, parecía haber sido un hombre de una virtud absoluta y agotadora. Más tarde conseguí reunir los trozos de un retrato que era más creíble, aunque menos encomiable.

Elias Storm venía de Levante, de algún lugar cerca del mar. Por qué vino aquí no está del todo claro. Él afirmaba que fueron las costumbres impías de Levante las que lo empujaron a buscar una región menos desarrollada y de inclinaciones más devotas, pero he oído historias que insinuaban que llegó un punto en que, en su tierra de origen, se negaron a seguir aguantándolo. Al margen de cuál fuera la causa, algo lo persuadió a venir a Waknuk —entonces una región sin desarrollar, casi fronteriza— con todos sus bienes terrenales en un convoy de seis carros cuando tenía cuarenta y cinco años. Era un hombre fornido, un hombre dominante, y un hombre de rectitud inquebrantable. Tenía las cejas muy pobladas, y unos ojos capaces de lanzar fuego evangélico. Sus labios invocaban con frecuencia el respeto a Dios; el temor al diablo vivía continuamente en su corazón, y por lo visto no era fácil decir cuál de estas dos cosas le inspiraba más.

Poco después de empezar a construir la casa, mi abuelo se fue de viaje y volvió con una novia, una muchacha tímida y guapa, de tez sonrosada y pelo dorado, veinticinco años más joven que él. Se movía, según me han contado, como